

Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. VIII - Nº 89 Septiembre de 2025

Los esplendores de la Santa Cruz



Vincenzo Carducci (CC3.0)

Visión del Papa Víctor III – Museo del Prado

Beato Víctor III, Pontífice contrarrevolucionario

San Gregorio VII hizo parte de un movimiento que hoy se llamaría contrarrevolucionario. Cuando aún era cardenal, dirigió un ala en la Iglesia enraizada en el movimiento de los monjes benedictinos de Cluny.

Indicó varios pontífices y, después, él mismo fue elegido Papa. Esa línea de pontífices inspirados por Cluny hizo propiamente la Edad Media.

Su sucesor, el Papa Víctor III, fue un beato. Él se liga a esa época de la Historia en que apareció mejor la luz de la Iglesia, cuya irradiación hoy se desea apagar a como dé lugar; y que nosotros, a todo momento y, de todos los modos, queremos restaurar.

(Extraído de conferencia del 16/9/1975)

Sumario



En la portada, Nuestro Señor Crucificado (acervo particular)

Foto: João C. V. Villa

Vol. VIII - No. 89 Septiembre de 2025

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como "conferencias" — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:
Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:
Antonio Rodrigues Ferreira
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:
Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL
Carrera 13 No. 75-20 Apto. 701
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com
Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
http://caballerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio

Plinio Corrêa de Oliveira
San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico



SEGUNDA PÁGINA
2 *Beato Víctor III, Pontífice contrarrevolucionario*

EDITORIAL
4 *Un nuevo triunfo de la Cruz*



PIEDAD PLINIANA
5 *Pidiendo la gracia de ser un perfecto caballero*



DOÑA LUCILIA
6 *Sufrimientos e incomprensiones en el ocaso de la vida*



DE MARIA NUNQUAM SATIS
9 *María Santísima, marco inicial de la Redención*

EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE DR. PLINIO
12 *Cuando la inocencia y el sufrimiento se besan*





SANTORAL
18 *Santos de Septiembre*

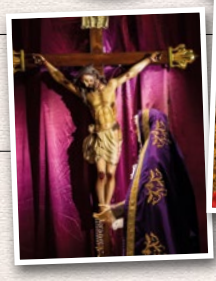
HAGIOGRAFÍA
20 *La paz y la alegría de la contrición*





REFLEXIONES TEOLÓGICAS
26 *El termómetro del verdadero fervor*

APÓSTOL DEL PULCHRUM
33 *Vislumbre de realidades superiores*





ÚLTIMA PÁGINA
36 *Larga caminada de sacrificios hasta el ápice de la gloria*

Editorial

Un nuevo triunfo de la Cruz

Las circunstancias históricas que cercaron la Santa Cruz hasta el momento en que fue descubierta son muy elocuentes, en cuanto símbolo de diversos aspectos de la historia de la Iglesia.

Terminada la crucifixión, el sagrado Cuerpo de Nuestro Señor fue entregado a los cuidados de Nuestra Señora y de las pocas almas fieles que la acompañaban. Más o menos al mismo tiempo, los perseguidores de la Divina Víctima abrieron un foso donde tiraron la Cruz, los clavos, la corona de espinas, cubriendo todo con tierra y escombros para que no quedara memoria alguna de todo eso.

Allí, sobre el Calvario, el demonio, en su infamia, hizo construir templos paganos dedicados a Venus y Júpiter, pues era necesario erguir un templo a la impureza para sepultar aún más la memoria de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

El Salvador resucita, los Apóstoles se dispersan, los siglos pasan y la Cruz continúa sepultada en las tinieblas de aquella tierra donde solo entrarían gusanos y humedad, corrompiendo el Santo Leño. Esta fue, hasta entonces, la historia de la Cruz sepultada, ignorada, abandonada, olvidada.

Sin embargo, en determinado momento, Constantino vence, Santa Helena descubre el Madero Sagrado, atestiguado por milagros que no dejan ninguna duda de que se trata de la verdadera Cruz que, a partir de entonces, se volvió objeto de honores sin iguales, respetada y venerada en el mundo entero.

La historia del Santo Leño es la historia de la ortodoxia pisada, herida, negada, despreciada, de la cual se diría que nunca reaparecerá. Pero ella siempre vuelve para nuevos triunfos, después de las humillaciones; y triunfos cada vez mayores, seguidos de humillaciones también cada vez mayores.

Alguien podría pensar: "Con la Cruz no se da actualmente ninguna humillación, pues ella es adorada en toda la tierra".

Pareciera, aparentemente, que eso es verdad. Pero, si consideramos todas las humillaciones sufridas por la Iglesia hoy en día, cuando pensamos en la afirmación del gran intelectual católico Marcel de Corte[1], de que en nuestros días hay una religión, mezcla de Cristianismo en descomposición y de ateísmo nesciente, chamada "Progresismo", y que vive como una lepra dentro de las entrañas virginales de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana, comprendemos cuánto falso culto, cuánto acto de irreverencia, cuánto desprecio a la Cruz del Redentor reside en todo eso.

Tanto más que la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo es un símbolo, y despreciarla es menos el desprecio del madero que a la gloria del espíritu de sacrificio que el Santo Leño representa. En ninguna época de la Historia los católicos estuvieron tan lejos de aquello que San Luis María Grignion de Montfort llama "la locura de la Cruz". Por ahí comprendemos como ella está nuevamente pisoteada.

Pero la Santísima Virgen nos dará la gracia de, cuando llegue el Reino de su Corazón, en cuyo centro estará la Santa Cruz de su Divino Hijo, asistir a un nuevo triunfo, con la implantación, bien en el centro del mundo del Reino de María, de la Cruz oscura, seca, sin adornos, representando el sufrimiento, la renuncia a sí mismo, el espíritu de mortificación y de austeridad, serio y que acepta completamente el sacrificio. Es ese el espíritu de la Santa Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.[2]

---

1) Filósofo belga (*1905 - †1994).

2) Cfr. Conferencia del 3/5/1966.

Declaración: *Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.*



San Miguel y los ángeles buenos expulsando al infierno a los ángeles rebeldes – Museo de Bellas Artes de Valencia, España

Flávio Lourenço

Pidiendo la gracia de ser un perfecto caballero

¡Oh San Miguel Arcángel!, que desenvainasteis vuestra espada en el Cielo para vengard la gloria del Salvador y su Madre contra los ángeles rebeldes, obtenedme la gracia de ser, a esta altura del poder de las tinieblas, un perfecto caballero de la Caballería Angélica suscitada en nuestros días para luchar contra el diablo y sus agentes terrenales y establecer el Reino de María.

Para esto, concededme la gracia de tener un espíritu profundo, serio, abnegado y embriagado de fervor hacia la Contrarrevolución, así como rebosante de odio y desprecio por la Revolución satánica, igualitaria y gnóstica.*

---

* No hay registro de la fecha en que fue compuesta esta oración.

Sufrimientos e incomprensiones en el ocaso de la vida

Doña Lucilia soportó con serena docilidad los sufrimientos propios de los últimos años de su peregrinación terrena. En su creciente cariño hacia su madre, el Dr. Plinio buscó aligerarle la carga lo más posible, especialmente cuando las vicisitudes de la edad la relegaron a un aislamiento forzado.

Las situaciones angustiosas e irremediables que a veces presenta la vida, como callejones sin salida, doña Lucilia las entendió desde la siguiente perspectiva: estamos en el exilio y en él la vida es dura. Por eso es necesario sufrir, unos más que otros.

Ella sabía que estaba llamada a sufrir más. Me di cuenta de que ella relacionaba esto con el Sagrado Corazón de Jesús, en la idea de que, unida a Él por una devoción especial, estaba también especialmente unida a sus sufrimientos, lo cual era razonable, *vere dignum et iustum est, æquum et salutare*.[1] Por su parte, lo mejor era aceptar su parte de dolor y llevarla hasta el final de su vida. Fue desde esta perspectiva que afrontó todo lo que le ocurrió.



Fotos: Archivo Revista

Doña Lucilia en su casa

Ocaso irremediable, connaturalidad con el dolor

Mamá pasó por circunstancias que solo se pueden entender estando en ellas.

Por ejemplo, era común que las personas de su familia comenzaran a perder la audición a una edad muy temprana y, por lo tanto, quedaran segregadas de la sociedad. Algunos incluso lograban, mediante el movimiento de los labios, captar algo y sumarse un poco a la conversación, pero nunca con la vitalidad de quien sabe escuchar bien.

Y sucedió que, a partir de cierta edad, quizá setenta o más, no recuerdo bien, empezó a perder la audición, no gradualmente, sino de repente, casi perpendicularmente, y empezó a tener enormes dificultades para tratar con la gente. Aunque era muy comunicativa, para no estropear la conversación, permanecía en silencio mientras todos hablaban a su alrededor.

Ella no tenía con quién hablar, excepto conmigo, porque en cualquier caso yo estaría con ella. Sin embargo, ella notó que, a pesar de mi voz fuerte, estaba haciendo un gran esfuerzo para mantener una

conversación y ella no quería eso.

Además, su vista se estaba debilitando, lo que le hizo perder la capacidad de leer. Ella tenía una catarata muy avanzada, fue al oftalmólogo, pero yo tenía miedo de que la operaran, por algún efecto cardíaco o algo así. La cirugía de cataratas en aquella época era complicada, no como hoy que es casi un curativo.

En esa situación, vi la tristeza cubriéndola como un paño mortuorio y tendiendo a convertirla en una especie de muerta viviente. Sin embargo, ella se lo tomó todo con normalidad, con tristeza es cierto, pero con la tranquilidad y la dulzura que la caracterizaban, que representaba su naturalidad con el dolor.

Era un cuadro que significó para ella un ocaso terrible e irremediable, que duraría quizá dos años hasta que volviera a salir el sol.



El Dr. Plinio con su hermana, el 13 de diciembre de 1988

Solución inesperada por un filial sacrificio

Conociendo unos audífonos americanos muy buenos que podrían solucionar su caso, decidí llamar a la firma fabricante para que enviaran un experto.

Recuerdo que estábamos al final del almuerzo cuando llegó el especialista. Lo hice entrar, puso la caja con el material y nos hizo una exposición. Se lo explicó en voz alta para que ella pudiera seguirlo y luego hizo la aplicación, insertando un dispositivo en cada oído. Ella inmediatamente comenzó a escuchar muy bien, uniéndose a la conversación.

Vi eso y pensé: "Haré cualquier sacrificio, pero le compraré eso". Pregunté el precio y el hombre me dio un valor disparatado para aquella época, hace unos cincuenta o sesenta años: ¡400 contos!

Mis condiciones no me permitían darle esa cantidad. Pero, confiando, cerré el trato con el empleado y escribí el cheque allí mismo.

Esa noche, durante la cena, ella hablaba con total normalidad.

Al principio su actitud era incluso de desconfianza. Porque cuando yo era pequeño ella estaba en Europa y compró un aparato, probablemente muy caro, que era como un abanico de señora, hecho enteramente de carey; colocando la punta entre los dientes, parece que se escucha un poco más de vibración. Dijeron que el caparazón de la tortuga tenía una propiedad especial como un conductor de sonido o algo así.

El hecho es que ella trajo este objeto a Brasil. Pero en esas circunstancias, con su avanzado problema de audición, ya no le servía de nada. Estuvo en el cajón durante un tiempo indefinido y luego nunca más fue usado.

Docilidad en las cosas más pequeñas

Ella usó el audífono por el resto de su vida. Sin embargo, a cierta altura, empezó a quitárselo para intentar escuchar sin él, lo cual era una contradicción. Tal vez tenía la esperanza de que, habiendo oído tan bien con el aparato, quitárselo sería como encender el "motor" y empezaría a oír.

Yo fui firme y con mucho cariño le dije:

—Querida, no tiene ningún propósito. Tienes el dispositivo, póntelo y úsalo.

Ella dijo:

—¿Crees que es necesario?

—¿Cómo es que no es necesario?

Luego, muy suavemente, con la dulzura de la que hacía gala en las cosas más pequeñas, se ponía el aparato y continuaba hablando.

Velando y revelando, según era necesario

En cuanto a mi lucha, ¿cómo lo tomaba y qué sufrimiento implicaba para ella?

Mamá siempre tenía mucho cuidado –ya sea conmigo o con mi hermana– de no decir una palabra que pudiera alentar la vanidad y la autocontemplación. Así que no decía nada sobre mí. Pude notar que ella vis-

lumbraba algo de mi misión, pero no sé exactamente qué era y no sé hasta qué punto lo entendía o no.

La realidad de su tiempo era muy diferente de lo que constituyó el escenario de toda mi lucha dentro de la Iglesia. Todo cambió a su alrededor sin que ella cambiara en absoluto. También intervino la mano de la Providencia, velando por ella, y yo mismo velaba a ella lo más que podía, para no preocuparla.

Algunos personajes, por ejemplo, los consideraba verdaderos santos. Ella rara vez salía de casa y no tenía mucho contacto con la gente. Yo, en buena medida, le abría los ojos, mostrándole las cosas como eran, dándole una visión más objetiva de la realidad y ofreciéndole así más caminos para amar a Dios.

A veces mi padre me susurraba: "Sí, sólo lo dices tú… si fuera otra persona —la otra persona era él— se armaría un alboroto…"

Pero yo le decía irreductiblemente algunas verdades. Cuando una persona llega a cierta edad y se forma una visión definitiva de las cosas, es más prudente intentar no cambiar nada. Porque, a fuerza de querer reformar los principios, de repente un martillazo cae sobre un diamante, y hay que tener cuidado. Pero ese no fue el caso de mamá.



El Dr. Plinio visitando la sepultura de Doña Lucilia en mayo de 1993

Incomprensiones que mitigaron el sufrimiento

Ella no relacionaba exactamente toda la lucha que yo había librado con el impacto negativo que eso tuvo en mi situación. Para ella, el hijo de una paulistana de cuatrocientos años no dependía del apoyo del clero y de los medios de comunicación católicos. Era un paulista de cuatrocientos años, y eso era todo.

¿Qué podría representar a sus ojos el declive de mi influencia como líder católico y el papel que eso jugó en mi vida? No sé.

Ella era de una época en que en São Paulo casi no había buenos profesores y por eso los que elegían esa profesión eran bien pagados. Y ella, por debilidad de madre, se imaginaba que yo era muy buen profesor, y por eso pensaba que ganaba un buen sueldo.

Su padre ganaba mucho dinero ejerciendo la abogacía y ella se imaginaba que yo también ganaba mucho. Ella vio que, poco a poco, yo iba progresando económicamente y se hizo a la idea de que yo ahorraba dinero como lo hacía su padre y no me preguntaba nada. Ella pensaba que yo llevaba una vida mucho más tranquila de lo que parecía a primera vista.

Mi hermana era una persona casi de mi edad y por tanto actualizada, y entendía mucho mejor las cosas. Y vi cómo ambas tomaban de manera diferente lo que me pasaba.

Con motivo del libro "En Defensa de la Acción Católica", una buena parte del clero rompió conmigo. En esas circunstancias, tuve que explicarle a Doña Lucilia lo que estaba pasando. Ella nunca volvió a mencionar el tema, excepto en una ocasión para contarme que mientras yo estaba trabajando en la oficina, mi hermana había llegado a casa a verla y, en la conversación, le dijo a mi hermana las mismas cosas que yo le había dicho a ella. Naturalmente, ella hervía de indignación: "Plinio, por idealismo, se pone del lado de quien cree que tiene razón y así no progresa".

Mamá me dijo esto con calma, porque pensó que mi hermana era inteligente y podría decirme algo útil. Pero, al final, no percibía el tenor de la lucha, lo que en parte mitigó lo que podría ser la causa de nuevos sufrimientos y dolores… ❖

(Extraído de conferencia del 27/5/1993)

---

1) Del latín: es justo y necesario, nuestro deber y salvación.

María Santísima, marco inicial de la Redención

Flavio Lourenço



Nacimiento de la Santísima Virgen María – Museo de Arte de Cataluña

Todo lo que el Redentor trajo a la humanidad tuvo su inicio con el nacimiento de Nuestra Señora. Cuando estás unido a Ella, todo se arregla, todo se obtiene, todo tiene solución, nada es irremediable o sin esperanza.

Siendo Nuestra Señora la Madre de Nuestro Señor Jesucristo, todo lo que se dice de la Navidad, guardadas las debidas proporciones, se puede decir de su Natividad. Y todas las alegrías, las impresiones y las gracias que la Navidad nos ocasiona, también lo podemos decir de la fiesta del nacimiento de la Madre de Dios.

Con María vino al mundo la salvación

Al hablar del nacimiento del Niño Jesús, podemos decir que con Él vi-

no la salvación al mundo. Ahora bien, de alguna manera, esta afirmación es también verdad cuando se trata de la Natividad de María Santísima. Porque si es verdad que nuestro Señor Jesucristo es el Salvador, también lo es que Nuestra Señora, con su oración omnipotente, pidió y apresuró la venida del Mesías, prometida hacía siglos.

En este aspecto se puede decir que, viniendo al mundo aquella cuya oración fue tan poderosa que determinó la anticipación de la venida de nuestro Señor, de alguna manera con ella también vino la salvación.

Por otro lado, la Navidad representó una honra incomparable para la humanidad, pues Aquel que unía la naturaleza humana a la divina, el Verbo Encarnado, entró en el mundo. Del mismo modo, guardadas las proporciones, también se le ha conferido una enorme honra a la humanidad con el nacimiento de Nuestra Señora.

Tomen en consideración que, presumiblemente, según los cálculos tradicionales, transcurrieron cuatro o cinco mil años entre el pecado de Adán y el nacimiento de Nuestro Señor, aunque aún se puede suponer que hubo un espacio de tiempo mayor que éste; si consideramos que estamos en 1965 y, por lo tanto, hace mil años estábamos en la alta Edad Media, tenemos una noción de lo que fueron los cinco mil años de pecados, alejamiento creciente de Dios y de un orden de cosas donde los Cielos estaban cerrados para los hombres, y la verdadera Iglesia no existía, había solo un pequeño rudimento de ella con voz circunscrita a un simple pueblo, poco numeroso, como eran los hebreos.



Vicente Torres

El Arca de la Alianza siendo transportada por el pueblo elegido – Museo Hermitage, San Petersburgo



Gabriel K.

Destrucción de Sodoma y Gomorra, Museo de Arte de Montreal

La degradación de la humanidad a lo largo de todo este tiempo tenía dos sentidos: por un lado, los pueblos que cayeron en la barbarie, de los cuales tenemos vestigios en los pueblos salvajes aún existentes. Por otro lado, las naciones que se civilizaron y que, en el auge de su civilización, se volvieron casi peores que los bárbaros. De hecho, la humanidad estaba tan decadente en ese tiempo que el pueblo elegido no valía nada más, el romano y el mundo griego estaban exhaustos y había un presentimiento general de que algo debía suceder porque, de lo contrario, la humanidad estaría perdida.

Dentro de este panorama, la acción creadora de Dios constituyó la criatura más perfecta nacida en todos los siglos, concebida sin pecado original y a la que se le dio, desde el primer instante de su ser, un cúmulo de gracias que representaban dones y virtudes mucho mayores, sin comparación, que todos los pecados cometidos y errores acumulados durante esos miles de años.

Comprendemos, así, cómo la irrupción de esta criatura en el mundo se

parece a la noche de Navidad, guardadas las proporciones, y cuánta honra representa para la humanidad completamente deshonrada, el hecho de que, de esta especie maldita y prevaricadora, de repente brotara un lirio del que debía nacer Nuestro Señor Jesucristo. La raíz de Jesé, de la que vendría este lirio. Además de honra, esperanza, y con esta, la alegría.

Acontecimiento propulsor de la manifestación de la misericordia divina

El nacimiento de la Santísima Virgen María fue el pretexto divino para el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. De esta manera, todas las gracias que vinieron con el Hombre-Dios tuvieron, por así decirlo, una especie de principio de realización en este mundo, y su pórtico construido, con el nacimiento de la Virgen. Es decir, todo lo que el Redentor venia a traer a la humanidad, comenzó a derramarse con la llegada de Aquella que debía traernos todas las esperanzas, el perdón, la reconciliación, la Redención.

Esto nos hace comprender la manifestación de la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo que se abre, después de todo, para el mundo entero, y como todo esto tiene en el nacimiento de Nuestra Señora una especie de acontecimiento propulsor, acontecimiento inicial de una vida insondablemente perfecta, pura y fiel: en suma, la mayor gloria que la humanidad tendría en todos los tiempos, después de la gloria de la Encarnación del Verbo.

Entonces, entendemos por qué los Doctores de la Iglesia comparan a Nuestra Señora con la Luna en relación con el Sol. Ella representa la suave claridad de la luna, mientras que el Salvador representa la abrumadora y omnipotente claridad del sol.

Así como hay una gran belleza en el amanecer del Sol, en ciertas ocasiones el amanecer de la Luna también tiene su poesía, su belleza, su grandeza y su encanto. Del mismo modo, el nacimiento de María Santísima es un nacer de la Luna para los hombres, diferente al amanecer del sol, pero es una imagen bellísima, dulcísima y de particular suavidad. Así es como debemos considerar el nacimiento de esta criatura incomparable, la Madre de Dios y Nuestra Señora.

Pedir el continuo crecimiento en la devoción a Ella

Después de todo, ¿qué debemos implorar en la fiesta de la Natividad de María Santísima? Cada uno debe preguntarse cuál sería la gran gracia para pedirle a Ella. Si alguien dijera que no tiene en mente una gracia especial o incluso la tuviese, recomiendo asociar la siguiente intención: suplicarle que nos dé un profundo crecimiento en la devoción a Ella, efectivo, vibrante, rápido, dinámico y sólido. Y que se nos sea dado todo aquello que el Espíritu Santo y Ella desean poner en nuestras almas, para comprender mejor y amar más a la Santísima Virgen.

Estoy seguro de que recibiendo esto, aquellos que están bien en la vida espiritual progresarán aún más. Los que están afectados por la tibieza se librarán de ella mucho más rápidamente. O si hay alguno que esté en enemistad con Dios y no esté ni siquiera en el camino de la tibieza, sino por debajo de esto, con un aumento de devoción a Nuestra Señora puede, por un favor de Ella, vencer todas sus dificultades y caminar en las más altas esferas de la vida espiritual. Cuando se está unido a Ella todo se arregla, todo se obtiene; absolutamente nada es irresoluble, irremediable o sin esperanza.

Confío más en la salvación del peor pecador, si tuviese devoción a Nuestra Señora que en la salvación de un hombre que no está en estado de pecado mortal, pero no tiene devoción a Ella o le tiene antipatía. El primero tiene todo el camino de la regeneración abierto ante él.

Pidamos la gracia de comprender esto de un modo vivo, eficaz y verdadero, en la plenitud deseada por Ella. ❖

(Extraído de conferencia del 7/9/1965)



Archivo Revista

El Dr. Plinio haciendo un discurso durante una cena el 16/08/1965, en la ciudad de Belo Horizonte

Cuando la inocencia y el sufrimiento se besan

La inocencia es el estado del alma a través del cual la persona, con rectitud de espíritu, busca con encanto todos los arquetipos y, por eso, no peca. El sufrimiento es un complemento necesario de la inocencia, que a menudo la hace pasar por lo incomprensible. Este es el momento del puro acto de amor.



J. P. Braido

Encuentro con las Santas Mujeres
Basílica Nuestra Señora del Rosario, Guatemala

El hombre, aunque haya sido concebido sin pecado original, viviendo en esta tierra –no digo en el Paraíso– pasa por una incompatibilidad entre las condiciones de esta vida y su doble naturaleza espiritual y material.

Claridad de arquetipos y sanidad criteriológica

El ejemplo característico es Nuestro Señor Jesucristo en su Pasión, que pasó por un terrible sufrimiento. El Redentor tenía una naturaleza ordenada, pero había una incompatibilidad entre esa naturaleza y la perspectiva que se le presentaba.

Este choque lo obligó a ejercer una disciplina que ya tenía. Entonces, parece que todo lo que estaba en orden, tropezando con un tremen-

do obstáculo, se hizo aún más denso para el mantenimiento de ese orden.

Estas consideraciones también se aplican si se trasladan a Nuestra Señora. Concebida sin pecado original, había en ella una continua santificación.

Está fuera de toda duda que en la Santísima Virgen hubo un orden perfecto. Por ejemplo, su instinto materno debió tener una perfección insondable. Pero, ante la idea de la inmolación de su Hijo, sería una imperfección si no tuviera una especie de choque enorme. Y a medida que lo aceptaba, la gracia crecía en Ella.

Queda en mi mente la idea de que, si la Madre de Dios hubiera vivido sin pasar por este sufrimiento, no habría crecido en inocencia.

El concepto de inocencia tiene que ser refinado. De hecho, ha progresado un poco en nuestro vocabulario. Hoy entendemos la inocencia como el estado del alma a través del cual la persona, con toda la rectitud de espíritu natural y la del bautismo –criterio sano– busca con encanto todos los arquetipos y por eso no peca.

Nuestra Señora era inocente en todos los sentidos, pero eminentemente en este. Claridad de todos los arquetipos, fabulosa cordura criteriológica, sin ninguna tendencia al mal causada por el pecado original. Por ejemplo, cuando perdió al Niño Jesús, o en el momento de la Pasión de Nuestro Señor, todos los instintos de la naturaleza humana se movían en Ella en orden. Sería un desastre si no fuera así. Tuvo que comprimir sus sentimientos para mantener ese orden.

El sufrimiento purifica la inocencia

¿Para la inocencia cuál es la necesidad de sufrir y, por tanto, para las demás virtudes?

Las reflexiones ascéticas comunes son espléndidas, pero no sacan a relucir el elemento más recóndito que estoy tratando de exponer.



J. P. Braido

Jesús con la Cruz a cuestas - Iglesia del Santísimo Nombre de Jesús, Guatemala

Si Nuestra Señora hubiera pasado por la vida sin sufrimientos, especialmente el de la Pasión, el sufrimiento auge, se podría sustentar que al menos una persona adulta pasó su existencia, por decirlo así, en blancas nubes. Si esto hubiera sucedido, por falta de refinar su inocencia, esta no se extendería hasta donde es natural dentro del alma humana y Ella terminaría por no ser del todo inocente.

Sin sufrimiento, la inocencia no se refina. Al no refinarse, la persona deja de adquirir una perfección. ¿Qué significa esto en la vida común de un adulto?

Imaginemos a Roland recién armado caballero. Poco después de esto los sarracenos se retiran, una gran paz invade el Imperio de Carlomagno y él se va a cuidar de la agricultura.

Hay que reconocer que Roland no habría muerto como un gran guerrero si no hubiera habido guerra. Incluso podría ser más heroico aceptar la profesión de agricultor, pero no sería el Roland de la Caballería.

Imaginemos la muerte del agricultor Roland. Recibe la noticia de que el enemigo avanza, entonces se levanta de su cama y dice: "¡Por fin yo voy!", pero muere suponiendo que está perforando el abdomen de un sarraceno y los ángeles lo asisten. Esto es muy hermoso, pero no es el guerrero.

Así también es la inocencia. Si no se hace efectiva, sigue siendo como el guerrero que se convirtió en agricultor. Y en Nuestra Señora me inclino a pensar que el dolor era necesario para completar la inocencia, no para quitarle algo nocivo, sino para añadirle algo que podría compararse a la veleidad si no fuera por el sufrimiento.

Tengo la impresión de que esto sitúa muy bien el sufrimiento dentro de la perspectiva humana, porque visto de esta manera es más aceptable que no poniendo este matiz.

Carácter restituidor del sufrimiento

Una consideración, incluso previa a la anterior, se refiere al carác-


Flávio Lourenço

El Niño Jesús entre los doctores - Museo de la Colegiata de Santa María, Borja, España

ter restituidor del sufrimiento, según el cual aquel que ha recibido tanto, absolutamente hablando, debe querer hacer un holocausto.

Si alguien dijera de una persona: "Se le pidió un sacrificio que no quiso hacer y terminó huyendo, pero Dios lo agarró porque había llegado la hora de su holocausto". Eso no estaría bien. La justicia, amada por el beneficiario, crea en él una sed de inmolación.

Por ejemplo, si alguien me hace una gran gentileza, yo trato de darle un regalo después, que no es un soborno. Incluso si el bienhechor es un inútil, un inválido que nunca más me daría nada, si tengo un alma bien formada debo querer tomar algo de lo que es mío y dárselo, porque él ha tomado algo de sí para dármelo a mí.

Me atrevería a decir que este sufrimiento es ontológica y moralmente necesario, porque sin él no se realiza plenamente la perfección del ser racional, que se convierte en medio ladrón si no restituye.

Esta consideración da una lógica al sufrimiento y nos hace sentir mejor lo necesario que es. Así, adquiere otro aspecto: se acepta voluntariamente y se desea como un elemento de vida.

Cuanto mayor es la inocencia, mayor es el sufrimiento

Para entender bien el tema de la inocencia, es fundamental considerar que hay una proporción entre ésta y el sufrimiento. Por lo tanto, cuanto mayor es la inocencia, mayor debe ser el sufrimiento.

El alma inocente es más sensible que la no inocente, pero adquiere, además de la sensibilidad, una resistencia que no es una insensibilidad, sino una coraza. Se arma con una resistencia en la zona noblemente pura del alma, formando un bello complemento con la delicadeza muy suave que existe detrás de esa parte dura. Es lo contrario, por ejemplo, de un cantinero que canta tangos sentimentales, pero cuando se trata de cobrar una deuda se convierte en un bárbaro de una dureza espantosa, que hace horrores contrarios a lo que estamos hablando.

El inocente tiene delicadezas, pero con firmezas insospechadas ante ciertas situaciones. De este modo, lo que está en potencia en inocencia se transforma en acto. La inocencia no podría adquirir este complemento, que es una especie de dureza heroica, si no fuese al encuentro de la prueba. De esto se deduce que el sufrimiento es un complemento necesario de la inocencia y debe ser proporcional al grado de inocencia.

El apostolado de la inocencia debe ser también el apostolado del sufrimiento. Tenemos que entender cómo es esto.

La seriedad es la inocencia cuando ama la Cruz

Para que Nuestra Señora diera toda la medida de sí misma, en cierto modo convenía que perdiera a su Hijo. Ella, siendo de una inocencia insondable, lo dio todo, pasando por ese sufrimiento insondable.

De ahí que el discípulo, el siervo de Nuestra Señora, sea amigo de

la Cruz, o sea, es una reversión de la que no se puede escapar. Y digo más, si queremos tomar en serio el concepto de seriedad, debemos afirmar: la seriedad es la inocencia cuando ama a la Cruz. Fuera de eso no hay seriedad. Lo sostengo a pie juntillas.

Tengo la impresión de que nada es más duro que no ser así, y si la Santísima Virgen no hubiera pasado por todos los dolores, tendría un grandísimo sufrimiento de virtualidades, hirviendo en Ella y tal vez pudriéndose dentro de Ella, peor de lo que Ella sufrió. En otras palabras, una vez puesta la inocencia, era necesario salir del otro lado.

Hay algo que atrae en la línea de la inocencia y hace que, independientemente del aspecto punitivo del sufrimiento, este sea amado. Por ejemplo, es muy bonito que alguien vaya a la Cruzada como penitente, pero es más bonito ir por inocencia. Quisiera reiterar este punto: la inocencia sin sufrimiento es una inocencia que carece de seriedad. La seriedad es la nobleza que adquiere la inocencia cuando choca con el sufrimiento. Sería más o menos como un vapor de agua que choca contra una pared y se condensa, adquiriendo consistencia y nobleza. De lo contrario, queda un poco residual, germinativo y termina siendo nada.

El sufrimiento ordenador

Me remonto a una conversación que tuve con un miembro de nuestro Movimiento, que estaba muy probado y en el que quise inculcar cierta resignación.

Aunque no era una persona muy inteligente, me dijo algo que me dejó estupefacto: "Usted está hablando de sufrimiento. Pero tiene dos sentidos distintos, porque uno es como usted lo entiende, otro es aquel que yo padezco. El mío es para el que sufre en el mundo. Usted hizo un elogio al sufrimiento que no atañe a aquel que estoy sufriendo. Usted habló del sufrimiento habitable, el mío es inhabitable; del sufrimiento que forma, el mío deforma; del sufrimiento que articula, el mío desarticula. Son dos sufrimientos diferentes. Usted debería hablar del sufrimiento que yo tengo".

Intelectus apertatus discurrit[1]*. Él estaba siendo corregido y, para librarse, supo encontrar la fórmula conveniente*. Por lo tanto, debemos describir estas diferencias para que no parezca que estamos haciendo una apología del sufrimiento del réprobo.

Creo que es necesario hacer una descripción psicológica, porque sin ella el tema no queda claro.

Puesto que el sufrimiento es restitutivo y ordenador, el individuo que no sufre nada padecería más que el que sufre.

Imaginemos a una dama que tenga verdaderamente una vocación al matrimonio; ella se casa y quiere tener hijos. Para una señora, tener hijos es un sufrimiento. Sin embargo, su marido muere pronto y ella comienza a tener una vida de viuda solitaria, mucho más tranquila y despreocupada que si tuviera hijos, nietos y bisnietos. En un rincón de su alma ella sufre más que si hubiera tenido todos los padecimientos de la maternidad, de los nietos y bisnietos. Tendría la inutilidad de una vida bien organizadita, con todo ordenadito, pero corroída por dentro porque no sufrió lo que debería haber sufrido.

El sufrimiento insoportable del hombre que no padeció lo que debería es podredumbre, remordimiento, inutilidad. Esto nos hace entender que, en términos absolutos, en la vida sufre menos quien padece lo que necesita sufrir. Del sufrimiento no se escapa. Quien escapa al sufrimiento legítimo cae en las garras de uno mayor e ilegítimo, no aparente.



Charlemagne Oscar Guet(CC3.0)

Madre con sus hijos (colección particular)

Fuente de la verdadera paz

Hay que sacar dos conclusiones. Primero: la vida sin sufrimiento no es posible. Segundo: huir del sufrimiento es multiplicarlo, porque la persona fermenta dentro de sí energías que deberían haberse consumido y no lo fueron.

Si queremos educar bien a las personas para el sufrimiento, debemos saber describir, sin efervescencia, el sentimiento de podredumbre y remordimiento, por lo tanto, el aburrimiento del su-

jeto que no ha sufrido lo que debería haber sufrido.

Sin embargo, debemos evitar la siguiente idea que no tiene la sabiduría de la Iglesia: cuanto más desgraciado, más feliz. Según el espíritu de la Iglesia, en lugar de un principio que podría llevar a una vorágine, entra una segunda verdad que le da a ese principio un equilibrio fantástico.

El individuo llamado a sufrir menos debe tener un verdadero entusiasmo por aquel que ha sido llevado a sufrir más. No puede sentir horror por su presencia, sino que debe acercarse a él como a una víctima sagrada.

Considero la huida del sufridor, algo característico de la civilización *hollywoodiana*, como una cobardía espantosa. El inocente debe tratar de discernir en los hechos los sufrimientos, reconocer el suyo, de acuerdo con su vocación y proporcionado a ella, y aceptarlo. A veces es enorme.

Gabriel K.



Profeta Isaías – Basílica Notre-Dame de Montreal

Al sufrir en este camino, la persona tiene en la fina punta de su alma la noción de que está restituyendo y ordenándose; su inocencia va entrando por ese lado donde se completa y produce una tranquilidad que es paz.

La nota característica de este sufrimiento es ser ordenado. La persona sabe por qué está sufriendo y comprende que tiene un propósito, una razón de ser, y siente un alivio interior de todo lo que padecería si no sufriera. Es decir, acaba siendo una fuente de felicidad, por más terrible que sea. De ahí se entiende aquella maravillosa frase de Isaías: "He aquí en paz mi amargura más amarga" *(Is 38,17)*.

"Si esto tuviera que suceder, aunque sea terrible, yo cargo el peso, pero sé que estará redundando en tales bienes de espíritu. Y, en el orden absoluto de las cosas, produciendo tales efectos estoy en paz con lo que ha sucedido, y encuentro una especie de bienestar del alma en el propio malestar".

No hay que imaginar a la persona con sufrimientos externos y con el alma inundada de consuelos, porque no se trata de eso. Es el alma devastada por ellos, pero en la que entra una especie de bienestar, una sensación de color amatista en la que dice: "En este luto mío hay luz y habito en él de manera estable; debe ser así y camino hacia adelante". Esto es resignación.

Atravesando lo incomprensible e insoportable

Hay un nivel fácil de sufrimiento en el que el sujeto sufre, pero inundado de consuelos interiores, donde casi no hay sufrimiento. Hay un grado más alto en el que sufre en la aridez, pero con resignación. Y está el sufrimiento insólito, en el que sucede algo que parece no debería suceder o no de la manera en que ocurre. Este último es el sufrimiento enteramente restituidor y ordenador. El individuo comprende que, para



Divulgación

Madre Francisca de Jesús

restituir y ordenar la inocencia hasta el final, es necesario pasar por lo incomprensible e insoportable.

Este es el momento del puro acto de amor. Sin ayuda, visible o invisible, la persona no aguanta. Cuando es invisible, el socorro es más elevado.

Me impresiona lo que le sucedió a Chiquinha do Rio Negro[2], hija del Barón de Rio Negro, dueño del hermoso Palacio, en Petrópolis, donde pasaban sus vacaciones los presidentes de la República. Por sus fotografías se puede ver que era bonita, de un tipo de belleza escultórica. Ella lo dejó todo, viajó a Roma y fundó una orden religiosa. Le atacó una enfermedad llamada mal de Basedow que hoy en día se cura, pero en su época era incurable; esto le causaba mucha angustia.

Hubo problemas internos en esa orden religiosa. Reuniendo un Capítulo, las monjas la expulsaron de la Orden. En seguida ella fue a su celda y se sentó en la cama, frente a la cual había una pared pintada de blanco. La miró y vio allí la Santa Faz; tomó un lápiz y la dibujó en ese punto de la pared.

Cuando las cosas se arreglaron, regresó a la Orden. Regresó a Petrópolis y allí fundó una Casa de adoración perpetua al Santísimo Sacramento. Que yo sepa, retiraron el di-

bujo de la Santa Faz de su celda en Roma y lo llevaron allí.

En el momento en que se le apareció la Santa Faz, lo peor de la prueba estaba terminando, como le había sucedido a Nuestra Señora al encontrar al Niño Jesús en el Templo. Este es un hecho que conocemos. ¿Qué otros habrá habido?

Resignación pasiva y activa

El pedido de Nuestro Señor: "Si es posible, aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya" *(cf. Lc 22,42)*, indica que hay límites que parecen haber sido superados. "Estoy destrozado y ya no doy más; sin embargo, si esta es tu voluntad, mi inocencia quiere llegar al límite de sí misma". Tuvo lugar el beso del auge de la inocencia con el auge de la cruz. Ahí se realizan la restitución y la ordenación perfectas.

El tema es tan austero y conmovedor que se duda en tratarlo. Pero hay una hora tremenda en la que esto nos sucede. Ordenar y conducir nuestra existencia de acuerdo con ese momento, esperando el Cielo, es vivir.

Así se comprende la necesidad de orar, porque sin la ayuda de la gracia nadie puede soportar tal cosa.

Si la persona viese en Nuestro Señor al Inocente por excelencia que sufrió más que ella, el Arquetipo que abrió el camino, encontrará la fuerza para hacer su viacrucis. Y, viviendo de resignación en resignación, su alma llega a esta posición frente al absurdo.

Llamo "resignación" a algo que comienza desde temprana edad en dos movimientos del alma: la resignación pasiva y la activa. La resignación pasiva es la del niño dócil a quien se le impone algo y acepta de buen grado. La resignación activa, mucho más difícil, es la del niño que entra en la lucha a regañadientes, pero soporta la batalla y la hace avanzar, de manera estable. "Yo resolví y esta deliberación mía es muy dura, pero propicia, no me voy a desarticular. Por dentro estoy bien". En un momento determinado de la vida llega un sufrimiento que la persona considera inhabitable; entretanto entra en él y sale al otro lado. Por ejemplo, la Madre Francisca de Río Negro y otros casos de este tipo. Sin embargo, es necesario ser así y sin autocompasión. Porque si hubiese lástima de sí mismo, comienzan todas las miserias.

Cuando la persona rechaza los sufrimientos de la primera etapa, acompañados de consuelos, el proceso se deteriora y la Providencia puede, mediante el castigo, no enviar grandes sufrimientos; la persona pasa toda la vida entera oscilando entre las angustias de una superficialidad con gozo, que está llena de tormentos.

Otra cosa muy bonita es esta: confiamos en que un cierto tipo de sufrimiento no nos alcanzará, y a menudo es ese el que nos coge. La persona tiene la sensación de que algo insoportable salta sobre ella, pero piensa que si confía no llegará. Esto requiere un equilibrio prodigioso, porque hay un momento determinado en el que prefiere lanzarse al sufrimiento antes que confiar en que no llegará. Ejemplo, la confianza de San Juan Evangelista entrando en el tanque de aceite hirviendo.

Podemos imaginar —no hay ningún fundamento en la Revelación para afirmar o negar que sucedió como voy a decir— que San Juan estuviera aterrorizado ante ese caldero de aceite como lo estarían ante una pantera, y que era inhumano entrar allí. A pesar de que pensaba así, entró, no se quemó y salió ileso del otro lado. Considero que en esto había, en la punta misma de su alma, algo que es más que haber pasado por el aceite. La confianza es un martirio en sí misma. ❖

(Extraído de una conferencia del 30/10/1974)

---

1) Adaptación del latín: El intelecto apretado discurre.

2) Madre Francisca de Jesús (*1877 - †1932), fundadora de la Sociedad de la Virgen.



Flávio Lourenço

Martirio de San Juan Evangelista - San Lorenzo de Morunys, España

Santoral



Fotos: Flávio Lourenço

Santa Verena

1. Santa Verena, virgen (+s. IV). Natural de Egipto, pasó a vivir en Europa. Murió en Zurzach, Suiza de hoy. La tradición la vincula a la Legión Tebana. Se construyó un monasterio sobre su tumba, que se transformó desde el siglo X en lugar de peregrinación y muestras de piedad popular;

2. Beata Ingrid Elofsdotter, viuda (+1282). Al perder a su esposo, ofreció todos sus bienes para el servicio de Dios. Fue de peregrinación a Tierra Santa y al volver, tomó el hábito de la Orden Dominicana.

3. San Gregorio Magno, Papa y Doctor de la Iglesia (+604).

4. San Calétrico, obispo (+a. 573). Gobernó la diócesis de Chartres, Francia. Participó de los concilios de Tours y de París.

Santa Irmengarda (o Irmgarda), condesa (+c. 1089). Condesa de Shüteln, emparentada con el emperador San Enrique II. Recibió en Aspel la visita del Romano Pontífice, San León X, y realizó diversas peregrinaciones a Roma. Cuando se estableció en Colonia, Alemania, vivió dedicada a las obras religiosas y de caridad, sobre todo a la construcción de iglesias.

5. San Alperto, abad 8+c. 1073). Considerado fundador y primer abad del monasterio de Butrio, ubicado cerca de Pavía, Italia.

6. Santa Bega, virgen (+c. 660). Según la tradición, fue princesa irlandesa que huyó a Escocia, con el deseo de consagrarse a Cristo. El velo lo recibió de manos de San Edano de Lindisfarne. Comenzó un estilo de vida eremítica, después fundó un monasterio en Cumberland, Inglaterra, del cual fue abadesa hasta su fallecimiento.

7. XXIII Domingo del T. O.

San Juan de Ludi, obispo (+c. 1106). Compañero de San Pedro Damián, en las misiones pontificias.

San Marcos Crisino, presbítero y mártir (+1619). En su trabajo pastoral se demostró muy empeñado en mantener los católicos en la fe y atraer los protestantes a la Iglesia. Estando en la ciudad de Kosice, Eslovaquia, junto a los padres jesuitas Esteban Pongracz y Melchior Grodziecki, fue preso por los protestantes, quienes le ofrecieron dejarlos libres si apostataban. Sin embargo, pasaron por la tortura de la rueda, suplicios varios y murieron firmes en la fe católica.

8. Natividad de Nuestra Señora.

San Isaac, obispo (+438). Tradujo la Biblia y la Liturgia a lengua armenia; adhirió a la fe profesada en el Concilio de Éfeso. Y por defender la independencia de la Iglesia de Armenia ante las pretensiones de otros poderes, lo apartaron de su sede episcopal y fue al exilio, en el cual falleció.

9. San Pedro Claver, presbítero (+1654).

10. San Nicolás de Tolentino, presbítero (+1305). Primer santo canonizado de la Orden Agustina.

11. San Sacerdote, obispo (+552). Obispo de Lyon y consejero del rey Childeberto.

San Elías Espeleota, monje (+960). Abandona las liviandades de su juventud y comienza una vida eremítica; más tarde, entró al monasterio de Aulinas, en Calabria, Italia.

12. Santísimo nombre de María o Dulce nombre de María.

San Albeo, obispo (+c. 528). Primer obispo de Imlech, Irlanda; predicó en muchos lugares de la isla el Evangelio.

13. San Juan Crisóstomo, obispo y Doctor de la Iglesia (+407).

San Litorio, obispo (+371). Nació en Tours, donde realizó una considerable evangelización, promovió la construcción de la primera iglesia y lo nombraron obispo. Fue sucedido en la sede episcopal por el conocido San Martín de Tours.

14. XXIV Domingo del Tiempo Ordinario

Beatos Sabino Ayausty Errasti, Joaquín Ochoa Salazar y Florencio Arnaíz Cejudo, mártires (+1936). Religiosos de la Compañía de María, martirizados durante la Guerra Civil Española.



Santos Cosme y Damián

* Septiembre *

15. Nuestra Señora de los Dolores.

San Aicardo, abad (+ siglo VII). Discípulo de San Filiberto, quien lo nombró prelado del monasterio de Jumiéges, Francia.

16. Nuestra Señora de las Lajas. (Nariño, Colombia).

San Cornelio, Papa (+253) y San Cipriano, obispo (+258).

17. Santa Hildegarda de Bingen, virgen (+1179). Abadesa benedictina y polímata alemana.

18. San Eustorgio, obispo (+a. 355). Confesó la verdadera fe ante los arrianos, lo que fue motivo para que San Atanasio lo elogiara.

Santa Ariadna, mártir (+s. II). Joven esclava del príncipe de Frigia (Turquía), arrestada por negarse a participar de los cultos paganos. Recibe la palma del martirio en Prymnesso, Frigia.

19. San Jenaro de Benevento, obispo y mártir (+s. IV). Durante la persecución contra la fe cristiana, padeció el martirio en Pozzuoli. Sus reliquias son veneradas con gran devoción popular en Nápoles, Italia, donde se encuentra una ampolla de cristal con su sangre en estado sólido que, en algunos momentos del año, hasta hoy, se vuelve líquida.

20. San André Kim Tae-gon, Paulo Chong Ha-sang y compañeros, mártires (+1839-1867).

21. Domingo XXV del Tiempo Ordinario.

San Mateo, apóstol y evangelista (+s. I).

San Cuadrato (+s. II). Según la tradición, discípulo de los Apóstoles. Durante la persecución desatada por el emperador Adriano, congregó la Iglesia dispersa por el terror, presentó al emperador un libro con argumentos acordes con la doctrina de los Apóstoles, en defensa de la religión cristiana



San Lorenzo Ruíz (de Manila) y compañeros

22. Santa Emérita, mártir (fecha incompleta). Mártir romana, sepultada en el cementerio de Comodila en la Via Ostiense, donde muchas personas la veneraban.

23. San Pío de Pietrelcina, presbítero (+1968). Perteneció a la Orden de los Frailes Menores Capuchinos. Se consagró a la dirección espiritual de los fieles y al sacramento de la confesión o reconciliación.

24. Nuestra Señora de la Merced

25. San Anacario (o Aunacario), obispo (+605). Originario de Orléans, Francia. Prestaba servicios en la corte, renuncia e ingresa a las filas del clero en Autun y llega a ser obispo de Auxerre; durante este episcopado, concluyó el Martirologio Jeronimiano. Partícipe de varios concilios, trabajo con ahínco por la disciplina eclesiástica y buenas costumbres; también la vida monacal, fundando monasterios.

26. San Cosme y San Damián, mártires (+c. s. III). Narra la tradición que ejercieron la medicina gratuitamente en Ciro y Eufratesia, Siria. Muchos recuperaron la salud en sus manos.

27. San Vicente de Paúl, presbítero (+1660).

Beata Herminia Martínez Amigó, madre de familia y mártir (+1936). Nacida en una familia pudiente cristiana, contrajo matrimonio con Vicente Martínez Ferrer. Católica ferviente, participó de diversas actividades apostólicas y de caridad, muy generosa en las limosnas que repartía. Destacada militante de la Acción Católica. Fue fusilada junto a su esposo, durante la Guerra Civil en España.

28. Domingo XXVI del Tiempo Ordinario

San Wenceslao, mártir (+929-935).

San Lorenzo Ruíz (de Manila) y quince compañeros mártires, (+1633-1637).

29. Arcángeles San Miguel, San Gabriel y San Rafael.

Santas Rípsima, Gayana y compañeras, mártires (+s. IV in.). Eran romanas, pero huyeron durante una persecución a Valeroctista (actual Etchmiadzin), capital religiosa de Armenia. En la época de la predicación de San Gregorio "El Iluminador", recibieron la palma del martirio.

30. San Jerónimo, presbítero y Doctor de la Iglesia (+420).

San Gregorio, obispo (+c. 326). Lo llamaron el Iluminador. Considerado el apóstol de los armenios.

Beata Felicia Meda, abadesa (+1444). Nacida en Milán, Italia, en el seno de una familia aristocrática, huérfana desde muy niña. En la juventud decide abandonar las comodidades de las que gozaba e ingresa a las Clarisas de Santa Úrsula, donde se torna una religiosa observante y ejemplar. Como abadesa, ejerce su cargo con sabiduría y eficiencia. Presidió la fundación del monasterio de Pésaro, por indicación del Papa Eugenio IV, en este, termina sus días terrenales en olor de santidad.

La paz y la alegría de la contrición

Santa Catalina de Génova tuvo una experiencia mística del estado de un alma en el Purgatorio y comprendió la paz y la alegría que trae la verdadera contrición. Si llevamos nuestra cruz con resignación, tendremos en el alma torrentes de paz, tranquilidad, estabilidad y orden, cuyo gozo nadie en este mundo podrá arrebatárnoslo.



Samuel Holanda

Tenemos un texto para comentar sobre Santa Catalina de Génova[1].

En un éxtasis, ve la enormidad de sus pecados y se convierte

Catalina de Génova, descendiente de la noble familia Fieschi, nació en la mencionada ciudad mediterránea a finales de 1447. Su deseo de ingresar en un convento fue frustrado por sus padres, quienes la casaron con un patricio genovés, Giuliano Adorno, atendiendo a las conveniencias políticas.

Su marido la ridiculizaba, le era infiel y violento. Durante los primeros cinco años de su matrimonio, la joven sufrió en silencio. Más tarde, cuando su marido intentó arrastrarla a una vida mundana, donde pensaría desarrollar sus extraordinarios dones de belleza y espíritu singular, vio aumentar su desgracia, perdiendo incluso el consuelo de la religión que la había sostenido hasta entonces.

Santa Catalina de Génova
Parroquia de los Italianos, Lisboa



João C. V. Villa

Almas del Purgatorio - Catedral de Loja, Ecuador

Diez años después de su matrimonio, Catalina visitó a su hermana, quien vestía el hábito monacal, y le contó sus dificultades. La joven monja le aconsejó que se confesara e hiciera penitencia. Cuando decidió seguir este maravilloso camino, cayó en éxtasis, y la gravedad de sus pecados le fue revelada; y un amor tan grande por Dios se despertó en ella, que se convirtió a partir de esta experiencia.

Así, reavivó el deseo de su infancia. Durante muchos años, durante la Cuaresma y el Adviento, vivió casi exclusivamente de la Sagrada Comunión.

Su esposo, arruinado, seguía haciéndola sufrir mucho, confesándose solo en su lecho de muerte.

Catalina se dedicó a cuidar a los enfermos en un hospital de Génova, donde su conducta fue particularmente heroica durante la epidemia de 1493. Murió el 15 de septiembre de 1510.

El fuego abrasador del Purgatorio

Nunca se han escrito palabras tan profundas sobre el Purgatorio como las de esta santa. En el ardor de su amor a Dios, reconocía el sufrimiento de las almas que pasan por ese lugar de purificación, donde el amor purificador del fuego limpia los espíritus de todo rastro de pecado.

Al separarse del cuerpo, dijo, el alma impura se siente rota, reconociendo el peso que la oprime y, con la convicción de que solo se liberará de ese peso a través del Purgatorio, desea caminar inmediata y voluntariamente hacia él.

La esencia divina contiene tanta pureza y claridad que aquellas almas que tienen un sólo rastro de imperfección en su interior prefieren arrojarse a mil purgatorios antes que presentarse ante Dios con la mancha del pecado. Es cierto que el amor a Dios les proporciona un bienestar indescriptible, pero esto no disminuye en lo más mínimo el sufrimiento que deben soportar en el Purgatorio. Al contrario, su sufrimiento consiste precisamente en sentirse limitados en el amor, y este tormento aumenta a medida que su amor se perfecciona. De esta manera, las almas del Purgatorio disfrutan de los mayores deleites mientras sufren los mayores dolores, sin que una cosa impida la otra.

Un alma muy llamada

Hay dos consideraciones que deben hacerse sobre esta nota.

Una de ellas es específicamente biográfica, sobre la vida de Santa Catalina. Y la otra es la referente al trecho sobre el Purgatorio.

En la parte biográfica, podríamos hacer varias observaciones. Se trata de un alma muy llamada, pero que, sin embargo, no correspondió a la invitación de Dios. Se casó con Giulia-



Flávio Lourenço

Conversión de San Pablo - Catedral de la Santa Cruz, Cádiz, España

no Adorno cuando quería ser monja y se dejó llevar por un océano de sufrimientos y de padecimientos que sus padres le infligieron, por un lado; y por otro, por el espíritu del mundo y la vanidad, que la convirtieron, durante mucho tiempo, en una persona preocupada solo por los placeres y sin considerar las cosas de Dios.

Vemos entonces una maravillosa conversión. En aquella época, muchísima gente entraba en el estado religioso. Incluso en familias de las más altas categorías, siempre había dos, tres o cuatro hijos que se convertían en frailes, monjas, sacerdotes, obispos o incluso entraban en las órdenes de caballería. Lo más común era que alguien fuera religioso.

Un día, fue a visitar a su hermana, que era religiosa, y le contó todo el sufrimiento que padecía en el mundo. Eran sufrimientos que se contradecían y chocaban entre sí. Por un lado, se debían a su pésimo marido, que había malgastado su fortuna, continuó llevando una mala vida y sólo se convirtió en su lecho de muerte.

Y, por otro lado —no consta expresamente en la nota, pero es comprensible—, el enorme vacío de placeres en los cuales buscaba compensación por lo sufrido. Su hermana le recomendó entonces que volviera a Dios y a la práctica de los sacramentos que había abandonado. Catalina siguió el consejo y fue herida por un éxtasis, en el que vio todo el horror de los pecados que había cometido.

Entonces comenzó una vida de penitencia. Ella, que había sido una dama de gran honra —había ocupado un lugar destacado por su belleza, estatus social y riqueza en una de las ciudades más famosas del mundo en aquel entonces, Génova, una república aristocrática que dominaba partes del Mediterráneo—, va a cuidar humildemente de los enfermos de un hospital, para hacer penitencia.

La idea de expiar los pecados mediante el sufrimiento dominó toda su vida, y ella se entrega a un verdadero Purgatorio en la Tierra. Va a ayudar a los otros en el sufrimiento y sufre con ellos para expiar el pecado que cometió. Por lo tanto, es lógico que tuviera pensamientos profundos —éxtasis, visiones y revelaciones— sobre el Purgatorio.

Antes de abordar este tema, consideremos el conjunto de esta biografía.

Intentó escapar del camino recto y recibió grandes sufrimientos

Hay ciertas almas que Dios persigue obstinadamente; sin embargo, huyen y a veces luchan contra el Creador. Pero Él, en su misericordia, en un momento dado las alcanza de tal manera que se entregan por completo a Él. Tales almas son innumerables en la historia de la Iglesia.

Tenemos un ejemplo en San Pablo, a quien Nuestro Señor le dijo, en el momento de su conversión: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" (Hch 9, 4). Y añadió que le era difícil resistir el viento de la gracia de Dios, que lo llamaba a una finalidad determinada.

Santa Catalina intenta escapar del buen camino. Dios no la aparta del mal camino, sino que le impone en él un sufrimiento. Su mal esposo, la frustración del mundo, predisponen su alma para ese momento bendito en que su hermana le da un buen consejo.

Su alma probablemente estaba preparada para mil sufrimientos. Catalina era en ese momento más o menos como un hijo pródigo que regresa a la casa paterna. Ella es vencida por Dios, quien le arrebata esta victoria de manera magnífica. En lugar de inspirarle piadosas reflexio-

nes sobre el pecado, para hacer tan sólo un acto de contrición, Dios le da mucho más. Le concede una visión en la que tiene una clara noción del pecado que ha cometido.

David, después de haber pecado, pronunció esa maravillosa frase de los Salmos que siempre me ha impresionado: "Contra ti solo he pecado, Dios mío, y mi pecado está siempre delante de mí" (cf. Sl 50, 5-6), como si fuera un acusador que se levanta y declara lo que ha hecho. Catalina pudo decir esto porque tuvo una visión en la que vio su propio pecado.

La verdadera contrición es alentadora y trae mucha alegría

Podríamos preguntarnos si Dios fue misericordioso o severo con ella, un padre lleno de bondad o, por el contrario, riguroso. Entiendo que a algunos les resulte extremadamente difícil afrontar su propio pecado, ya que este debe producir una impresión de desaliento, tristeza, desánimo e incluso desmayo.

Quien piensa así no tiene una idea clara de lo que es la contrición. En medio de sus tristezas, de sus lágrimas, la verdadera contrición es alentadora y trae bellas alegrías, quizás lúgubres, pero magníficas. Para demostrarlo, describe el Purgatorio, que es por excelencia el lugar de la contrición. Allí acuden las almas que deben purificarse de algo antes de ver la esencia de Dios.

En el pasaje transcrito, Santa Catalina habla de forma concisa pero muy elevada sobre el Purgatorio. Muestra que el alma de una persona buena y fiel que muere, tiene una primera noción de la infinita pureza de Dios y sabe que lo poseerá por toda la eternidad, insondable felicidad que no se puede comparar con las alegrías de la Tierra. Pero, al mismo tiempo que se siente atraída por el Creador, ella se siente incapaz de presentarse ante Él. Entonces, el alma pasa por dos movimientos: uno lleno de alegría y otro lleno de pesar. El movimiento lleno de alegría la lleva a unirse con Dios. El de pesar proviene del contraste entre esa mancha que percibe en sí misma y la infinita pureza del Creador. Entonces, por un deseo de unión, de purificación, dice Santa Catalina, el alma soportaría mil Purgatorios para poder unirse con Dios. Allí, en el Purgatorio, ella sufre el delicioso tormento o el atormentador deleite de sentir que aquello que la separa de Dios se desvanece a lo largo de las purificaciones y, al mismo tiempo que quiere llegar más cerca del Creador.

La tristeza que purifica y la paz de la contrición

De tal forma que ella tiene una alegría fundamental junto con una tristeza que la purifica y la acerca a Dios. Algo de esto también existe en la paz de alma causada por la contrición. En los Salmos, David, inspirado por el Espíritu Santo, canta su dolor por haber pecado, de modo que cada una de esas palabras es una gota de fuego que cae del Cielo para el alma humana. Hace algunas comparaciones magníficas. Él dice, por ejemplo, que, a causa del pecado, había quedado aislado, rechazado y se sentía como un gorrión solitario en el tejado de una casa.

La similitud no podría ser más pintoresca. Las personas se reúnen en familia bajo el tejado de la residencia, donde quizás se enciende una chimenea y se respira el calor de la buena relación entre todos. Afuera, en el tejado, solo, expuesto



Flávio Lourenço

Rey David - Museo de Bellas Artes de Marsella, Francia

a la lluvia, al aire libre, sin nadie con quien "hablar", se encuentra el gorrión solitario.

Así, lejos de la compañía de personas buenas que se aman, se encuentra el pecador solitario. La imagen no podría ser más poética, más hermosa para expresar la soledad del pecador. David describe su propio dolor de mil bellas maneras.

Al hablar de su dolor, se puede ver que él está en paz. Es la paz del alma del pecador que reconoce que ha cometido un error, que no se miente a sí mismo ni a Dios, y que tiene el valor de mirar su propio pecado de frente. En general, los Salmos terminan con un canto de esperanza: "Pero tú eres Dios, mi Salvador, y tendrás misericordia de mí". Todas estas magníficas palabras indican la esperanza del alma de ser escuchada, redimida y salvada. Se puede comprender el torrente de paz, esperanza y alegría triunfante que existe tras la penitencia. Así es como debemos considerar a Santa Catalina de Génova.



Nheyob(CC3.0)

Santa Catalina de Génova - Iglesia de Santa Ana, Detroit

Un hospital en la Génova de aquel tiempo

Imaginemos un hospital en la Génova de aquella época: un edificio hermoso, como solían ser los edificios italianos. A las cinco de la mañana, suena una campanilla, la misa está a punto de comenzar, y las primeras mujeres fieles entran con velo en la capilla. Entre ellas, está santa Catalina de Génova, quizá recordando otras madrugadas en las que no salía de su casa, sino que entraba en ella. Cuando no tenía ante sí la perspectiva de un día de sacrificio, sino el amargo recuerdo de una noche entera de placer, seguida de una frustración inconsolable.

Ella camina con paso ligero, pide perdón una vez más por su pecado, se arrodilla y comienza a orar en el recogimiento del templo. Empieza la misa, los fieles rezan con el sacerdote, poco a poco la luz entra en la iglesia, la luz de las velas se vuelve inútil, la naturaleza empieza a despertar, es la normalidad de la vida.

Santa Catalina se prepara para comenzar su enorme e interminable penitencia con los enfermos, escuchando sus gemidos, presenciando sus agonías, consolando su dolor. Pero, más allá de todo esto, hay una luz que se eleva y se hace cada vez más clara: llega el perdón, nace el Cielo, entra la paz del alma. Y con ella se da lo que sucede dentro de esta capilla.

Al mismo tiempo, las luces también entran y brillan, como una capilla donde la madrugada va haciéndose luz y las imágenes adquieren color. En cierto momento, ella muere; y es el Cielo.

Ésta es la paz, la tranquilidad del alma contrita, un perfume que existe en la tristeza, en la resignación católica, y que los espíritus paganos desconocen.

Al tratar de la vida espiritual, cuando hablamos de mortificación, de tristeza, etc., las almas en general se estremecen. No comprenden toda la alegría y felicidad que no estoy consiguiendo expresar adecuadamente, pero que espero hacerles sen-



Saiko(CC3.0)

Restos de Santa Catalina de Génova - Basílica de la Santísima Anunciada del Vastato, Italia

tir con esta exposición, porque hay algo que las palabras humanas no pueden describir plenamente. Es esta mezcla de amargura y de esperanza, de tristeza y de paz, en la que la esperanza vale mucho más que la amargura, y la paz mucho más que la tristeza. Recuerdo las palabras que creo que son de San Pablo: "Tengo un gozo rebosante en medio de mis tribulaciones" (cf. 1 Tes 1,6). Eso, el mundo no lo sabe.

Océano de paz que solo posee la persona verdaderamente católica

El verdadero miembro de la Iglesia vive una especie de purgatorio en la tierra, que es un valle de lágrimas donde expiamos nuestros pecados. Si llevamos nuestra cruz con resignación, tendremos en nuestra alma torrentes de paz, tranquilidad, estabilidad y orden, de cuyo goce nadie en este mundo descarriado puede tener una idea real.

Estos bienes coexisten con un verdadero dolor y una auténtica contrición. Si yo lograra decir las palabras apropiadas para hacer sentir cómo la verdadera paz hace soportable el dolor y cuán digno de entusiasmo es, en estas circunstancias, llevar la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, con esto, habría hecho un bien a muchas almas que se encuentran aquí. Es algo indescriptible. Sin embargo, encontramos un ejemplo de ello en la vida de Santa Catalina de Génova.

Que ella interceda por nosotros desde lo alto del Cielo y haga luminoso – obteniendo gracia en nuestras almas– aquello que solo puedo indicar y hacer sentir vagamente. Y que Nuestra Señora nos conceda la paz y la alegría de la verdadera contrición, propias a quienes Ella concede la fuerza para ver sus defectos de frente. Es lo opuesto de la mirada tangencial sobre la propia conciencia, de un desviarse, de un no querer ver bien las cosas con claridad y nunca corregirse, de un no querer luchar perpetuamente contra los propios defectos. De ahí también un malestar, una agitación y un nerviosismo constantes.



Vicente T.

Sede de la Sabiduría (colección privada)

Si, por el contrario, miráramos nuestro propio defecto con completa paz y dijéramos: "Mi defecto es este. Lo veo en su totalidad y noto que ha llegado hasta tal punto; pero, lo observo en la paz, mirando a Nuestra Señora. No cometo el engaño de no mirar y lo observo con una tristeza que quizás aún no sea eficaz en el orden de la corrección, hasta el momento en que la Santísima Virgen se apiade de mí". Éste es el primer paso para corregirse. Pero es necesario tener esta lealtad interna por donde se vea el propio defecto de frente, no cerrar los ojos para él. Eliminar del alma el caos, la confusión, el malestar de ese defecto que a veces aparece y en el que nos vemos atrapados; con el que tenemos complicidad, que nos causa horror y luego desaparece; y que no sabemos cómo librarnos de él, que no queremos erradicar, pero que nos agarra. Tener el alma limpia de estas miserias y ver las cosas con claridad, es un océano de paz que solo posee una persona verdaderamente católica. Y esto ya nos da una pequeña idea de las amargas delicias del Purgatorio, que son el preanuncio del Cielo. Que Nuestra Señora nos haga comprender esto, a ruegos de Santa Catalina de Génova. ❖

(Extraído de conferencia del 27/3/1971)

1) No disponemos de referencias bibliográficas.

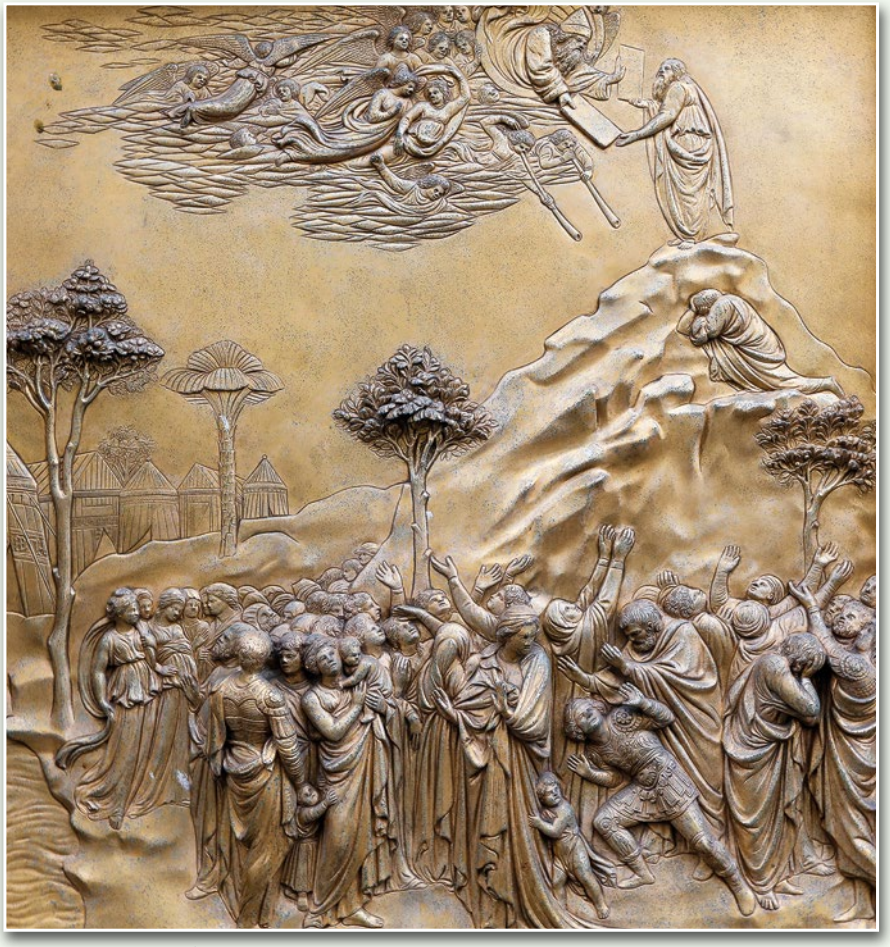


Arquivo Revista

El Dr. Plinio en 1971

El termómetro del verdadero fervor

El alma que tiene la resolución de cumplir su deber sin vacilación, aun cuando deba pasar por todas las dificultades y sufrimientos para realizarlo, es fervorosa. Aquellas que, no obstante, prefieren una vida suave, siendo estimadas por todos, teniendo pavor al dolor, son almas mediocres. La prueba del fervor es el coraje en el dolor.



Gabriel K.

Moisés recibiendo las Tablas de la Ley – Baptisterio en Florencia

¡El fervor! ¿Qué decir de él? Antes que nada, ¿cómo describirlo? ¿En qué consiste? Muchas veces el mejor modo de describir algo es comenzar desvendando lo contrario. Eso da una idea más nítida de la realidad.

Deseos de un alma sin fervor

Cuando una persona toma conocimiento de los Mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia, y se convence con seriedad de que deben ser seguidos, pero forma una resolución tranquila, sin entusiasmo, esa persona no lamenta que sean muchos los preceptos a ser cumplidos, pero tampoco se alegra en nada.

Piensa: "Voy a guardar esta tabla, porque voy a observarla. La razón de esos Mandamientos es llevarme al Cielo, ¿no? Parece que allá es muy agradable, se ve a Dios. Además, se evita el Infierno, pues es desagradable y tiene sus consecuencias. ¡Dios parece un Ser muy extremista y radical!"

"Por ejemplo, yo estoy aquí tomando estas deliberaciones. No hay remedio: Él manda, entonces estoy

obligado a obedecer. Debo cumplir los Mandamientos, pero no tengo entusiasmo. Si me muero ahora teniendo esa buena disposición de cumplirlos, ¿qué hará Él? Ciertamente me recibirá con un afecto muy superior a mi afecto por Él. Yo ni siquiera comprendo cuál es esa eternidad de felicidad con la cual Él me inundará, porque solo le doy una parte de mí mismo. Pero no cuesta tanto. Yo la doy, así como también podría no darla."


Vicente Torres

"Dios me cumulará de dones que van mucho más allá de mi expectativa. A propósito, Él declaró que hay cierta exageración en su retribución, cuando dijo: *'Ego protector tuus sum et merces tua magna nimis'* –'Yo mismo seré vuestra recompensa demasiadamente grande' *(Cf. Gn 15, 1)*–. Demasiado es excesivo. Por lo tanto, hay un exceso dentro de eso."

"Como Dios es perfecto, debe estar correcto; pero yo no comprendo ese exceso, porque en mí no hay ese deseo ni ese entusiasmo ni esa admiración por Él. Hay una coexistencia pacífica, sin entrar en guerra contra Él. Pero, sucede que, de esa simple resolución calma que yo tomo, Dios viene a mi encuentro y celebra eso como si yo estuviese dando una maravilla. Y si muero, es decir, si Dios me llama –¡ojalá no sea ya!– Él me llenará de bienes que me dejan aturdido."

"Y, al mismo tiempo, el reverso de la medalla me deja sorprendido también. Al fin de cuentas, si alguien deja de ir a Misa un domingo porque está lloviendo, comete pecado. Por ejemplo, si una señora quiere quedarse en casa tocando piano porque la mañana está muy agradable, y la casa está acogedora y está lloviendo afuera, ¡pobrecita! Ella tiene esa debilidad; no va a la Misa. Todos los otros domingos de su vida, menos ese, ella fue… ¡Es pecado mortal! Dios tiene muchos excesos y toma eso como una cosa terrible. Si esa señora se muere enseguida, se va al fondo del Infierno. Por un motivo que no fue tan horrible."

"Además, eso que el Dr. Plinio está diciendo pasa en mi alma, pero yo no tengo el coraje de formularlo para mí mismo, porque, si lo hago, significa que lo explicité y, siendo así, consentí y ya pequé. Lo que resta en mi alma es aquello que no formulé, no lo dije de modo explícito por miedo a los excesos de Dios. En el borde de mis labios, la palabra se murió. Y en la orilla de mi explicitación, el pensamiento no afloró. El Dr. Plinio está haciendo como un cosquilleo dentro de mi alma y a medida que él habla, estoy sintiendo algo que concuerda con él."

"A mí me gustaría un Dios más calmado… menos radical, que me premiara y me castigara menos, y se incomodara menos conmigo, así como yo no me incomodo mucho con Él; que me dejara vivir a gusto. En cierto momento, mi camino habría de encontrar el suyo y Él habría de encontrar mi alma limpia y con la intención de vivir en paz con Él. No se precipitaría para bendecirme ni nada. Únicamente me diría: 'Ah, ¿eres tú? Tu lugar es allá…' Yo encontraría un manojo de nubes destinado a mí, en el cual me sentaría y tocaría arpa por toda la eternidad. Nuestras cuentas estarían ajustadas."

Las almas "correctas" en el fondo son mediocres

Alguien dirá: "Dr. Plinio, ese estado de alma no existe. Una persona así cae directamente en pecado mortal, porque son tantas las tentaciones de la vida, que no aguanta."

En nuestra época, eso es verdad. En el Reino de María no lo será, porque en la vida común de ese reino bendito venidero, las condiciones serán mucho menos tentadoras y la persona, pudiendo llevar una vida agradable, será mucho menos solicitada para el pecado.


Flávio Lourenço

Inspetoria Salesiana de São Paulo



Santuario del Sagrado Corazón de Jesús, en São Paulo, en los tiempos de infancia del Dr. Plinio

Y ni siquiera es necesario subir tan alto. Basta pensar en la época en que yo era jovencito, en la cual la opinión pública era muy severa en cuanto a la pureza de las mujeres. Si una señora hiciera la menor concesión a ese respecto, si cometiera la menor falta contra la pureza, haciendo o recibiendo una llamada liviana, por ejemplo, eso circulaba en su medio social y ella quedaba mal vista, algo que contrariaba sus intereses.

Por precaución y por egoísmo, ella era obligada a ser pura. Como resultado, la mujer se habituaba a la pureza. Se casaba ya sabiendo que el marido iba a ser adúltero. Pero también sabía que él no se separaría de ella, porque en aquel tiempo el divorcio no era común. Había separación, pero era rarísimo, porque quedaba muy mal para el marido. Entonces la mujer se aguantaba al esposo, pues sabía que él nunca le quitaría la condición de esposa ni el dinero necesario para vivir. El marido, por su parte, también se aguantaba a la mujer y sabía que ella nunca iba a avergonzarlo consiguiendo otra unión. Los dos continuaban la vida sin entusiasmo y sin odio, hasta que muriera el primero. Esa era la historia de un matrimonio.

Eran personas mediocres, tenidas como correctas. Quien viera a una señora de esas y dijese: "Aquí está una mujer liviana, impura, que falta a Misa los domingos, una mujer escéptica, que no tiene fe", haría una calumnia evidente. Sin embargo, quien afirmase: "Aquí está un espíritu fervoroso", diría una mentira aún más evidente.

Repulsa de Dios a las almas tibias

¿Qué dice Dios de ese género de almas? Según la óptica errada con respecto a los Mandamientos, esas personas no violaban ninguno. En realidad, yo no sabría cómo juzgar su situación, porque nunca les enseñaron; pero, de hecho, ellas violan el Primer Mandamiento, el cual manda: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todo tu entendimiento, con toda tu alma…" No es únicamente aquella frase seca: "Amar a Dios sobre todas las cosas". El texto es más explícito.

En síntesis, esas personas cumplían de hecho todos los Mandamientos, menos uno: el Primero. Y, por esa causa, la queja y el juicio de Nuestro Señor se exteriorizaba así: "Si tú fueses frío o caliente, yo te aceptaría, pero como eres tibio, comienzo a vomitarte de mi boca" *(Cf. Ap 3, 15-16)*.

En el tiempo de mis abuelos, la medicina estaba muy atrasada en Brasil, aún más que en las naciones europeas de aquella época. Sin embargo, ella tenía ciertos recursos singulares de los cuales cogí algunos ecos. Cuando una persona comía algo dañado, por ejemplo, la solución era hacerla expeler la comida, bebiendo agua tibia en cantidad, porque justamente esta tiene un poder repulsivo, que hace con que el organismo rechace aquello que tomó. De esa forma, la materia infectada también salía.

Eso comprueba cómo el término "tibio" fue usado desde la más alta antigüedad, siempre. Y ahí está el principio: "…como eres tibio, comienzo a vomitarte de mi boca". En la propia organización del orden físico, Dios colocó un símbolo para ese tipo de almas. Ellas son "vomitivas", "expulsivas", son repulsivas.

Los culposamente débiles

En el camino de nuestra vocación, ¿habrá posibilidad de que alguien sea tibio? Voy a ser franco. La persona entra a nuestra vocación, en general, con una enorme ruptura con el mundo. Porque no hay uno solo de nosotros, a pesar de la enorme diferencia de edades, que no pertenezca a un medio social –alto, medio o bajo, poco importa– corroído o carcomido a fondo por la Revolución. Para entrar en la pradera bendita de la Contra-Revolución fue necesaria una ruptura profunda y, a veces, trágica.

La ruptura profunda y trágica, si es completa, trae paz. Si no lo es, deja una inquietud constante. Porque, si alguien se queda entre los límites entre el bien y el mal, con un pie en el bien y otro en el mal, de vez en cuando tiene que hacer un esfuerzo enorme para no caer en el mal. Y cuando lo hace, una que otra vez cae. Si no tuvo el coraje de romper por entero con aquello a lo cual estaba unida, no tendrá coraje de hacer siempre el esfuerzo heroico contra la tentación renaciente que ella misma alimentó. La persona es culposamente débil y, por ese mismo motivo, ella crea la tentación que, porque es débil, no tendrá el coraje de vencer. En suma, alguien en esa situación oscila.

Si, por el contrario, ¡da un paso de león, da un salto colosal y rompe con todo, cuando vuelve a su pasado, aúlla de odio, de rechazo! En lo íntimo de su alma ella aún execra aquello que dejó, pues ve con odio todo el mal que aquello le podía haber hecho o tal vez le hizo. ¡Y ella sigue la señal de Dios! ¡Qué cosa magnífica!

Sin embargo, no debemos tener ilusiones a ese respecto. Las personas no entienden la vida del verdadero católico, menos aún la vida del verdadero religioso.

El fervor de la Santa de la Pequeña Vía

En una de nuestras sedes hay una fotografía muy bonita de una alameda de árboles. No es exuberante como el bosque de *Fontainebleau*, en absoluto, pero es una arboleda bonita, digna, bien ordenada y bien agradable de ver. En ella hay unas bancas de piedra, sin espaldar, dispuestas a ambos lados del camino, atrayentes para sentarse bajo aquella sombra visitada por rayos de sol. Es una vía recta y larga, cuyo fin no se ve. Me da la impresión de que es una alameda del convento de Lisieux, donde Santa Teresita del Niño Jesús escribió parte de la *Historia de un alma*.

Qué belleza pensar en Santa Teresita escribiendo su propia historia con su letrica pequeñita, vestida con aquel hábito carmelita, sentada bajo los rayos de sol de aquella arboleda y en cierto momento exclamar: "¡Cómo es dulce la vida religiosa!" Lo más curioso es que, de hecho, ella es dulce, solo ella tiene dulzuras. Y dulzuras que la vida de ahí afuera no tiene. Pero, si recordáramos cuánto Nuestra Señora le pidió a Santa Teresita y cuánto ella dio, ahí comprenderíamos la batalla dentro de la vida religiosa.



Flávio Lourenço

Juicio Universal – Museo Catedralicio Diocesano de León

Santa Teresita recibió una invitación de la gracia para aceptar ser víctima expiatoria del amor misericordioso de Dios. Tomando en consideración que el amor misericordioso de Dios era tan poco comprendido y tan poco amado por los hombres, ella quiso ofrecer una reparación que consolase a Dios, ante todo, y que también tuviera como mérito expiar por las personas que no corresponden con fervor a las vocaciones que recibieron y a los pasos del amor de Dios en dirección a ellas.

Para obtener que Dios no castigase ese rechazo de su amor –porque tal ac-

titud es un insulto a Dios– la Providencia Divina escogió una, o una cohorte de almas víctimas, que habrían de ofrecerse en la Tierra y, en atención a ellas, dio aún más dádivas para llamar a otras almas.

La fórmula de ese sacrificio era: nunca pedir nada y nunca negar nada a Dios, aceptar lo que suceda. Lo que Dios permitiera que le sucediera a Santa Teresita, ella consentía y no lo alteraba. Y así ella ofrecía uno, dos y hasta veinte sacrificios, a los cuales llamaba de "pequeños", pues no eran heroicos como los de Santa María Egipciaca, una santa que vivió en Egipto y practicó tantos sacrificios, tan heroicos, que en el siglo pasado cesaron de imprimir su biografía porque horripilaba a las almas…

La Santa de la "Pequeña Vía" aceptaba todos los sacrificios permitidos por la Providencia. Cierto día, por ejemplo, una monja que la ayudaba a fijar una parte del hábito fue inhábil y metió un alfiler en su carne. Santa Teresita pasó el día entero con aquel alfiler clavado en sí misma, porque, habiéndolo Dios permitido, ella no lo iba a sacar. Así era la víctima por el amor misericordioso de Dios.

Otro día, imagino yo, ella estaba escribiendo su autobiografía y, en el momento en que tenía el espíritu más concentrado, de repente se presenta otra religiosa y le dice:

–Oh, Hermana Teresa, como Ud. está escribiendo tan bien, le voy a robar un poquito de tiempo. ¿Podemos conversar? Estoy muy desolada y necesito consolarme un poco…

–¡Sí, claro! –respondía Santa Teresita.

La conversación duraba una hora… En cierto momento llegaba la hora de la refección –un magro almuerzo carmelita– y todas se dirigían al refectorio. El resto del día se desarrollaba según la regla. La *Historia de un alma* quedaba para el día siguiente. En todo hacía lo contrario de lo que querría, porque era el modo de ofrecer un sacrificio al amor misericordioso de Dios.

¡Y si solo fuera eso! Ella tenía tanto deseo de morir, que una noche tuvo un vómito e hizo uso de un pañuelo. Deseaba mucho saber si había expelido sangre –precursora de una hemoptisis y prenuncio de la muerte– pero, para ofrecer su sacrificio y mortificarse, no prendió la luz. Al día siguiente, cuando rayó la aurora, Santa Teresita se dio cuenta de que la muerte estaba próxima y, al fin, la iba a liberar. Era la tuberculosis que golpeaba a su puerta, y no había los mil recursos de cura que hoy existen.

Poco después comienza la prueba contra la fe, la tentación terrible de los santos. Ella muere en una aridez tremenda, pero con esta frase muy característica de su estado de espíritu: "¡Yo creo, única y exclusivamente, porque quiero creer!" ¡Creía porque amaba! En el momento de morir, después de una agonía tremenda, tuvo un éxtasis y cayó muerta. Un perfume de violeta, inexplicable, comenzó a irradiarse de su cuerpo hacia todo el convento. Era la glorificación de aquella que había abierto la Pequeña Vía para las pequeñas almas. ¡Qué martirio! ¡Qué cosa tremenda!

¡La vida está llena de grandes sufrimientos! ¿Cómo enfrentarlos y estar a la altura de ellos cuando llegan? Son olas colosales que se abaten sobre todo el mundo. No hay nadie que no padezca sufrimientos muy grandes, dentro de la vida religiosa y fuera de ella. A veces más dentro que afuera; otras veces, más afuera que adentro.

¡La prueba del fervor es el coraje en el dolor!

¿Cómo, entonces, considerar el papel del sufrimiento? El alma que tiene la resolución de sufrir y está dispuesta a enfrentar cualquier cosa, sea como sea, en la peor dificultad y en la oscuridad, resuelta a llegar hasta el fin del dolor si fuere preciso; pero cumplir el deber sin vacilación, pensando que su vida está bien empleada, pues así debe ser y así lo quiere, ¡esa es un alma fervorosa!

Si el alma tiene pavor del dolor, prefiere la broma, quiere ser graciosa, divertida, estimada por todo mundo, llevar una vida suave, se asusta ante cualquier sufrimiento, ella puede tener un éxtasis –sería un falso éxtasis– delante de un crucifijo o de una imagen de Nuestra Señora hasta el punto de retorcerse, pero yo no lo tomo en serio, porque la prueba del fervor es el coraje en el dolor. Y cualquier piedad que no venga acompañada de coraje en el dolor es sinvergüencería.



Flávio Lourenço

Santa María Egipciaca – Museo Episcopal, Vic, España

Nosotros tenemos que ver bien de frente y comprender lo siguiente: para eso, muchas veces no nos bastarán las resoluciones muy buenas tomadas en la vida común. Por ejemplo: "Yo quiero, oh Señora, Reina del Cielo y de la Tierra, en la hipótesis de los grandes dolores, sufrir todo. ¡Y desde ya me doy por entero!" ¡Excelente! Pero vendrán momentos en que el dolor es tal, que somos capaces de decir: "¡Madre mía, no pensé que el sufrimiento fuese tan grande y creo que voy a reventar, no voy a aguantar!"

¡El verdadero católico no se revienta! ¡Aguanta todo! Por una razón muy simple: cuando pide, él tiene siempre la gracia de Dios consigo. Es comprensible que las fuerzas naturales de un hombre no ofrezcan recursos para enfrentar eso. Pero, donde la naturaleza es débil, la gracia es fuerte. Si la persona reza, Nuestra Señora le dará una fuerza que no tiene, y en la hora de la lucha ella enfrentará la tentación.

La persona debe confiar en que su capacidad de sufrir va mucho más lejos que el tamaño de su personalidad. Es, más o menos, como un hombre que, para glorificar a Nuestra Señora, tiene que encontrar a un león en el camino y estrangularlo. Él ve sus manos y dice: "¡El león va a devorarlas y a mí también! ¡Yo no soy capaz de darle un pellizco, ni siquiera de sacudir su melena!, ¿y además tengo que estrangularlo?! ¡¿Yo?! ¡Nunca!" Ese es un apóstata fracasado.

Para el alma fervorosa, la cosa se pone de otra forma: "Si ese es mi deber y la dedicación a la Santa Iglesia Católica me lleva hasta allá, le diré a Nuestra Señora: 'Dadme gracias para soportar y caminaré hasta allá!' '*Omnia possum in eo qui me confortat*', dice San Pablo. 'Todo puedo en aquel que me da fuerzas' *(Flp 4, 13)*. La fuerza de Nuestro Señor, obtenida por las oraciones de Nuestra Señora –las cuales Él nunca rechaza–, me dará fuerza. ¡En la hora 'X' yo seré fuerte!" ¡Ese es el fervor!



Divulgación

Santa Teresita del Niño Jesús, poco tiempo antes de su muerte

Sacrificar muchas cosas pequeñas es algo inmenso a los ojos de Dios

Sin embargo, el fervor no es solo para las grandes ocasiones. No está preparado para recibir la gracia del fervor en las grandes ocasiones quien no lo tuviere en las pequeñas. Y para eso, es necesario estar habituado a hacer los sacrificios de la vida diaria con ese fervor.

Si, por ejemplo, debo realizar una cosa desagradable, aburrida, y no tengo ganas de hacerla, si es mi deber, lo hago y con élan[1], ahí yo tengo fervor. O si puedo dejar un deber desagradable para cumplirlo de aquí a media hora, ¡voy a cumplirlo ya! Y no quedarme haciendo pereza vagabundamente, a los pies de un sacrificio que no tengo coraje de hacer; sea este grande o pequeño, poco importa. Hoy, en cualquier horario, debo hacer una llamada aburrida, y acabo de despertarme, ¡entonces voy a hacerla ahora! Voy a saltar encima de ese pequeño deber como delante de una fiera y diré: "Ven acá, teléfono, símbolo del progreso y siervo mío. ¡Mi primer combate será a través de ti!"

Los sacrificios debo hacerlos enseguida. Pero, si tengo alguna cosa agradable para realizar, nunca preferirla: debo dejar pasar el primer ímpetu y la hago después.

Del mismo modo, si estoy muy deseoso de oír las repercusiones de apostolado de un militante de nuestro movimiento que acabó de llegar de viaje –el cual duró meses–, pienso en bajar enseguida las escaleras para hablar con él. De repente paro y me acuerdo de ofrecer a Nuestra Señora un sacrificio. Bajo despacio los escalones y a cada paso rezo una jaculatoria. ¿Para qué? ¿Para atormentarme? ¡No! Para conquistar un poco más del terreno de la Revolución maldita, gnóstica e igualitaria. Cuando llegue abajo, habré perdido un poco de las noticias, es verdad, pero habré ganado mucho terreno para Nuestra Señora, que sabrá qué hacer con ese ofrecimiento mío al bajar despacio la escalera. ¡Yo sé que en cada escalón mi ángel me acompaña sonriendo!

Yo pregunto: ¿habrá en el mundo una escalera más dulce de bajar? ¡Eso es fervor! Alguien dirá: "Pero, Dr. Plinio, ¡eso es una cosa tan pequeña! Yo respondo: "¡Hacer mu-



Vicente Torres

Martirio de San Pablo – Pinacoteca Vaticana

chas cosas así de pequeñas es inmensísimo! ¡Y nosotros las debemos hacer!"

Hay, sin embargo, un punto sobre el cual deseo insistir y es el siguiente: si hay una cosa que al hombre le gusta hacer, es su propia voluntad. No obstante, en la vida que se lleva dentro de una orden religiosa hay algo particularmente bonito. El deber tantas veces nos apunta algo para hacer, pero nuestras apetencias van hacia otro lado. Y el día entero nos movemos, no por nuestro capricho, sino por la regla.

¿Qué hay de bonito en eso? Imaginen si una persona recibiera de Dios el siguiente privilegio: siempre que Dios quisiera de ella alguna cosa, apareciese un ángel y le revelara: "Dios quiere esto de ti." ¡Sería algo admirable!

Ahora bien, lo propio del religioso es hacer siempre, en las grandes y en las pequeñas cosas, la voluntad del superior. Y cada vez que éste manda a hacer un servicio, se tiene la certeza de ser de los privilegiados a quien Dios se dirigió por la voz del superior. El común de los hombres cuántas veces tiene que quebrarse la cabeza para saber dónde está el designio de Dios. En la obediencia religiosa, la persona lo encuentra con paz y despreocupación.

Entonces, hay mil ocasiones para hacer sacrificios, ora pequeños, ora grandes, que aumentan el fervor. El auge del fervor es de aquel que, en el auge del tormento y del sufrimiento, en cierto momento dice: "Todo está terminado, *consummatum est!*"

San Pablo, un alma fervorosa

Vean el lindo simbolismo del martirio de San Pablo. Él fue el Apóstol que más trabajó por la difusión del Evangelio. Antes de morir decapitado, declaró: "Combatí el buen combate, recorrí todo el camino que debería recorrer. Dadme, Señor, ahora, el premio de vuestra gloria" *(Cf. 2 Tm 4, 7-8)*. Cuando el verdugo romano precipitó la espada contra él cortándole la cabeza, esta golpeó tres veces sobre el suelo, tal fue la violencia del golpe. En cada punto donde ella rodó, se abrió una fuente. ¡Ese es el sacrificio del hombre fervoroso!

En los grandes sacrificios de nuestra vida, tenemos la impresión de que algo nos fue decepado, ¡pero se abren fuentes a través de ellos! ❖

(Extraído de conferencia del 16/2/1985)

1) En francés: impulso.



Archivo Revista

El Dr. Plinio en 1985

Deniz Şiva Oflaz (CC3.0)

Vislumbre de realidades superiores

Está en la naturaleza del hombre el valerse de los sentidos externos para adquirir conocimiento. En este proceso se explica el papel de los símbolos, los cuales hacen posible el conocimiento de Dios a través de las creaturas. Es por eso que las almas santas despiertan entusiasmo en los buenos y causan el mismo odio que Dios provoca en los malos.

Dios adornó a la Creación con símbolos para dar a los hombres la posibilidad de amarlo. Y si es verdad que las creaturas existen para servirlo, el principal servicio que prestan es hacer presente a los hombres la idea de Él, Dios.

Si la Providencia creó tantos símbolos es porque tienen una importancia enorme. ¿Cuál es?



NASA / Neil A. Armstrong (CC3.0)

Finalidad de los símbolos: visión de Dios

Hay fotografías de la ida de los hombres a la Luna. Al verlas, me pareció espantosa la ceguera de las personas que intentan verla en sí misma y no en aquello que representa; no reflexionan, no deducen, como sería debido. Ahora bien, ella es un símbolo de Dios como todas las criaturas, a su modo, lo son.

El hombre es un compuesto de cuerpo y alma y adquiere conocimiento a través de los cinco sentidos. A tal punto esto es así que, si alguien pasara la vida sin ninguno de los sentidos, no podría diferenciar las impresiones y formar las ideas; no tendrá, por lo tanto, elementos para amar a Dios.

Es por los sentidos que adquirimos los conocimientos, y los símbolos tienen por función proporcionarnos una como que visión de Dios.

Por el raciocinio podemos componer una idea a respecto de Dios, lo que es enormemente precioso. Sin embargo, es diferente de aquello que nos dice un símbolo.

Por ejemplo, sabemos por la fe y por la razón qué es la virginidad y cuál es su valor. Podemos construir una idea intelectiva respecto a Nuestra Señora, Virgen de las vírgenes. Pero, para amar aquello que el espíritu concibió, ¡cuánto ayuda al hombre ver un lirio bonito! Él expresa aquello que la razón concibió.

Está en la naturaleza del hombre la necesidad de ver, de tal manera que en el Cielo veremos a Dios cara a cara. No hay uno solo de nosotros que no desee contemplar

GCI (CC3.0)



Entrada al Gran Canal de Venecia, pintura de Canaletto – Museo de Bellas Artes de Boston

Samuel Holanda



El Cid – Burgos, España

a Nuestra Señora, a los ángeles, a los santos en el Cielo. Queremos verlos, porque el ver es esencial para nosotros. Y el símbolo nos hace ver realidades superiores.

Símbolo, simbolismos y simbolizados…

La espada, por ejemplo, ¿qué me dice? Trae en sí todas las ideas respecto del heroísmo. Qué es una guerra santa, gracias a Dios, yo lo sé. Qué fueron las cruzadas, yo lo sé. Pero, ¿por qué la visión de la espada me da tanta alegría? Porque es un símbolo de la guerra santa, del coraje, que me hace como que ver aquello que yo ya conocía.

Para que entendamos la importancia de ese ver, imaginemos que somos de un país muy pobre, en el cual cada grupo de indigentes fuese entregado a la generosidad de un gran benefactor de otro país. Ahora bien, un determinado donante se revela magnífico en su obra: él no sólo da todo lo necesario, sino que lo manda con cariño y varias veces envía hasta lo superfluo. Y, para mantener mi vida, vamos a imaginarnos que el donante hubiese dado hasta su sangre para que me hagan una transfusión. Es un beneficio insigne, después del cual yo le quedaría muy agradecido. Lo normal es que yo quiera conocerlo y así poder tener una idea más completa de la bondad que recibí.

Imaginen, sin embargo, que yo no lograra verlo, pero que supiera de la existencia de una música en la cual él se

ve muy bien simbolizado y expresado. Yo tendría ganas de conocer la simbología de esa música para conocer al benefactor. Sería un modo de verlo y oírlo.

Pues bien, ese es el papel de los símbolos en lo que dice con respecto a Dios.

El alma humana, la más perfecta imagen de Dios

Si un ángel es símbolo de Dios, el hombre también lo es. ¿Cómo? Él no es puro espíritu, pero tiene espíritu y alma espiritual.

Si a través del cuerpo yo logro percibir el alma, a través de ella lograré percibir algo que es, en el universo visible, lo que hay de más parecido a Dios. Un alma es el más alto símbolo de Dios en la Creación y lo que una persona tiene de más simbólico es la mirada.

Todos nosotros conocemos la magnificencia del Sol. Pero el propio Sol no simboliza tan bien a Dios cuanto un alma virtuosa, en estado de gracia.

¿Cuál fue el alma que mejor simbolizó a Dios? Antes que nada, la de Nuestro Señor Jesucristo, porque era Hombre-Dios. Algunos herejes antiguos querían suponer que Él era únicamente Dios, sin alma humana[1]. En efecto, el Verbo está unido substancialmente a la naturaleza humana y su alma, en el orden del espíritu, es lo más perfecto que fue creado.

Por lo tanto, si conociéramos personalmente a Nuestro Señor, tendríamos un conocimiento de Dios extraordinario, eximio. Si nosotros conociéramos a Nuestra Señora, conoceríamos de modo excelente a Nuestro Señor y Dios.

¿En qué refleja a Dios el alma humana? Casi no hay palabras para responder. Sería como preguntar: ¿en qué se parece un cuadro bien pintado con el personaje vivo? Es indefinible. Si la pintura está bien hecha, se asemeja en todo.

Así pasa con nosotros: somos como cuadros bien pintados de Dios. O, con más exactitud, somos símbolos adecuados de Él, si queremos ser buenos; la cuestión es querer ser bueno. Es por eso que las almas santas despiertan el entusiasmo que las cosas divinas despiertan en los buenos, o todo el odio que Dios provoca en los malos. ❖

(Extraído de conferencia del 25/5/1983)

1) Referencia hecha a la herejía monofisita, del siglo V, la cual afirmaba la existencia de una sola naturaleza en Cristo, la divina.

La Virgen – Basílica de Nuestra Señora de Ocotlan, Estado de Tlaxcala, México

João C. V. Vilha

Larga caminada de sacrificios hasta el ápice de la gloria

Sebastião C.

Cuando Nuestro Señor Jesucristo estaba crucificado, su Madre Santísima lloraba, pero estaba de pie junto a la Cruz, sin dar ninguna muestra de debilidad. Ella midió cada uno de los dolores padecidos por el Redentor. ¡Lo que eso le debe haber costado a Ella, no hay palabras para describir! Una persona no logra sufrir todo cuanto Ella sufrió.

Cuando Jesús dio aquel grito "Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?" (Mt 27, 46), Ella se debe haber sentido dilacerada, pues era el extremo del dolor.

Es inimaginable lo que Nuestra Señora sintió al ver acercarse el fin de la agonía, en el momento en que Él dijo: "Consummatum est" (Jn 19, 30). ¿Qué madre no ve con horror la violenta muerte de su hijo?

Ella presenció todo eso y quiso todo hasta el fin, porque veía, proféticamente, todos los hombres buenos que se salvarían de esta manera.

¡Cuánto deseo tendría Ella de acompañar a su Divino Hijo y no separarse más de Él hasta el momento bienaventurado de la Ascención y, después, subir con Él a los Cielos! Pero Ella sabía que le restaba aún un largo itinerario para recorrer en esta Tierra. Nuestro Señor cumplió su deber, concluyó su tarea. Él casi podía afirmar "Ite, sacrificium est", como el sacerdote al terminar la Misa dice "Ite, Missa est". Para Nuestra Señora, el gran sacrificio de su vida fue asistir el holocausto de la Cruz y participar de él. Pero, terminado este, una larga caminada de sacrificios iría a llevarla hasta el ápice de la virtud, ¡la cumbre de la gloria!

(Extraído de conferencias del 29/11/1989 y 13/4/1990)

Virgen Dolorosa junto a su Divino Hijo (acervo particular)